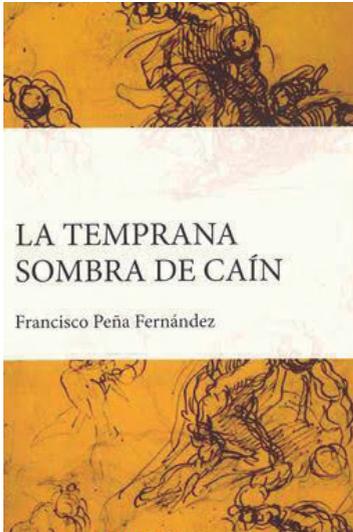


LA TEMPRANA SOMBRA DE CAÍN



PEÑA FERNÁNDEZ, FRANCISCO
(2022). *La temprana sombra de Caín*.
Córdoba: Almuzara Universidad. 184
pp., 21,95 € [ISBN 978-84-11311-62-5].

PEDRO GIMÉNEZ DE ARAGÓN SIERRA
Universidad Pablo de Olavide de Sevilla
pgimsie@upo.es

PRUEBA DEL PODER SEDUCTOR DE LA FIGURA DE CAÍN en la moderna civilización occidental son las obras literarias que se le han dedicado, como *Las memorias de Caín* de Lars Gyllensten (1963), *Balada de Caín* de Manuel Vicent (1987) o *Caín* de José Saramago (2009), por no hablar de relatos cortos y poemas de escritores románticos y contemporáneos como Joseph Conrad, Antonio Machado o Pedro Salinas. Más allá de la literatura, pero desde un punto de vista metalingüístico o metaliterario, se ha aproximado a esta figura bíblica el profesor Francisco Peña Fernández, que en la British Columbia University enseña Literatura bíblica, Mitología comparada e Historia de las religiones, y que dirige el programa “World Literatures and Intercultural Com-

munications”, así como el proyecto de investigación “The Confluence of Religious Cultures in Medieval Historiography” del canadiense Consejo de Investigación de Ciencias Sociales y Humanidades (SSHRC).

La obra consta de dos partes: la primera se titula “*Biblia y literatura*” y la segunda “*Biblia, memoria y proto-historia de España*”. Desde el punto de vista de las religiones y sociedades de la Antigüedad, nos interesa especialmente la primera parte, en la que el autor analiza el texto bíblico mediante un método no sólo filológico, sino también literario, que permite ir más allá de las conclusiones de la crítica exegética tradicional, tanto la que abordó el *Génesis* mediante métodos como la crítica de las formas o la crítica de la redacción como la que lo hizo con métodos interdisciplinarios propios del siglo XXI. En efecto, frente a la conclusión tradicional de los exégetas que explicaban las contradicciones, duplicaciones y vacíos explicativos del texto bíblico como consecuencia de la labor compositiva de los escribas judíos que intentaron unir de manera un tanto tosca tradiciones literarias de orígenes diversos (elohísta, yahvista, deuteronomista, sacerdotal...), Francisco Peña estudia el *Génesis* desde el punto de vista de los expertos en literatura bíblica que aprecian la “exhaustividad y minuciosidad de su construcción como conjunto narrativo. A pesar de que atributos como la inconclusión, la contradicción y la repetición de información no casan normalmente con la idea de una esquemática y cuidadosa organización, en un relato como el *Génesis* sí lo hacen. El primer libro del *Pentateuco* “acoge y da morada a incoherencias, duplicaciones y vacíos con absoluta conciencia” (p. 9).

En este sentido, es interesante destacar que la mayoría de los exégetas, pero también muchos filólogos e historiadores que estudian los textos bíblicos, cometen el anacronismo de considerarlo como una obra con pretensiones de dogma de fe, algo que es evidentemente erróneo porque en la Antigüedad no existía la categoría conceptual moderna de “religión” que incorpora junto a los rituales y las prácticas morales y éticas un sistema de creencias ordenado y dogmático. Los judíos de la época de redacción del *Génesis*, que carecían en el hebreo bíblico de una palabra para designar tal categoría, como también carecían de la palabra “judaísmo”, consideraban los relatos religiosos de la misma forma que los griegos, romanos, egipcios, fenicios, babilonios y otros pueblos de la Antigüedad: como teopoesía. En este sentido, conviene leer la obra de Francisco Peña al mismo tiempo que la del filósofo alemán Peter Sloterdijk (*Hacer hablar al cielo: la religión como teopoesía*) publicada en España por editorial Siruela el 8 de junio de 2022, pocos días después del lanzamiento por Almuzara Universidad del ensayo de Francisco Peña, el 20 de mayo de 2022. Sólo comprendiendo que los autores de los textos míticos de la Antigüedad, tanto los grecorromanos como los judíos, no eran teólogos sino teopoetas, pueden racionalmente comprenderse obras literarias como el *Génesis*. Y eso es lo que hace Peña con el pasaje bíblico dedicado a Caín que tantas

incógnitas plantea al lector racionalista moderno cuando se aproxima a él por primera vez con ojo crítico: ¿por qué Dios pone una marca en la frente de Caín para que sirva de advertencia al que intente matar al homicida de que recibirá un castigo siete veces mayor? ¿De dónde salen los posibles asesinos a los que teme Caín así como su misteriosa esposa si en la Tierra tan sólo vivían Adán, Eva y Caín tras la muerte de Abel? ¿Por qué se otorga a Caín el ostentoso título de constructor de la primera ciudad? ¿Por qué se dice que Jabal fue el primer pastor cuando antes se había atribuido a Abel dicho rol? Y, en definitiva, ¿qué razones tiene el narrador para presentar los orígenes de la Humanidad de una forma tan confusa? La respuesta de Peña es clara: las razones son literarias, no dogmáticas. El autor no estaba buscando una explicación científica ni completa de los orígenes del universo, sino que pretendía tan sólo crear un relato poético que intrigase y captase al lector, un relato que tuviese éxito de público. ¡Y vaya si lo tuvo! Se sorprendería el autor no sólo de las repercusiones mundiales que tuvo su texto, sino del hecho de que generaciones y generaciones de seres humanos lo considerasen como la interpretación veraz e indiscutible de los orígenes. La teología, rama del saber que intenta explicar lo metafísico mediante argumentos racionales, nació tras el encuentro entre judaísmo y filosofía griega pero sólo se consolidó con el triunfo del cristianismo. Antes, en lugar de teología, había teopoesía.

En su obra, Peña comienza comparando el texto del *Génesis* con otros relatos primordiales de civilizaciones antiguas en los que aparecen fratricidios similares, así como con otros relatos bíblicos de enfrentamientos entre hermanos, como los de Esaú, Saúl y Absalón, para a continuación, en el capítulo segundo, realizar un estudio de la literatura parabíblica judía conectada con el tema de Caín que, en mi opinión, constituye un auténtico divertimento para el autor. Obras como el *Libro Primero de Enoc* (cap. 22), el *Testamento de los Doce Patriarcas* (cap. 7), el *Libro de los Jubileos* (cap. 31), la *Vida de Adán y Eva* (cap. 9-12), el *Targum Pseudo-Jonathan*, el *Pseudofilón* y algunos escritos del auténtico Filón de Alejandría (*Ant.* I 52), añaden información a la historia de Caín para intentar solucionar problemas teológicos que el *Génesis* planteaba para una interpretación racional de las *Escrituras*. Así, en unas ocasiones se hacía a Caín hijo de Satanás en lugar de hijo de Adán, al que se salvaba de este modo de haber engendrado semejante linaje; en otras, se nombraba a las hijas de Adán y Eva, como Awan y Azura. Y digo “divertimento” en el mejor sentido, porque Peña parece disfrutar con este recorrido erudito que demuestra su amplio conocimiento de la literatura judeocristiana y hace disfrutar al lector con su prosa cuidada, pero lo hace de modo plenamente científico demostrando así que, a medida que los intelectuales judíos y cristianos de época helenística y romana experimentaban la influencia de la filosofía, sentían la necesidad de corregir el relato bíblico porque su forma lite-

raria no se ajustaba a una interpretación racional de los orígenes de la Humanidad y dejaba en el aire cuestiones enigmáticas que se veían obligados a responder.

Lo mismo cabe decir de la literatura cristiana, analizada en el capítulo 3, donde Peña parte de pasajes como la *Carta de Santiago*, *Jn* 3.8-15 o *Mt* 23.35-36, que todavía pueden considerarse textos en clave judía, para aproximarse después a obras antijudías como el *Diálogo con Trifón* de Justino Mártir (X 3; XIX 2; XCVI 2), que afirmaba que la circuncisión era la marca de Caín y que los judíos eran por tanto descendientes del hijo maligno de Adán, mientras los cristianos descendían de Set, el tercer hijo de Eva, idea que también utilizarían los gnósticos, idea que puede parecer sorprendente, pero que enlaza su argumentario con un texto neotestamentario: *Jn* 11.47-53. La idea de Caín como hijo del diablo y padre de los judíos fue retomada por san Isidoro de Sevilla en *Quaestiones de Veteri et Novo Testamento*, siguiendo la lógica antijudía de san Ambrosio de Milán, san Juan Crisóstomo, san Agustín de Hipona, Eugipio o Maximino Arriano. Se dedican bastantes páginas de este capítulo al antijudaísmo de san Isidoro, el obispo tardoantiguo de la ciudad donde Francisco Peña estudió su licenciatura.

Sirve además la figura de san Isidoro de enlace al cuarto y último capítulo, titulado “Caín y el recuerdo de reyes fratricidas”, ambientado en la España medieval: desde el asesinato de Sancho por su hermana Urraca en el siglo XI narrado por Jiménez de Rada con alusiones a Caín hasta el de Pedro I por su hermanastro Enrique interpretado por López de Ayala, pasando por la cainización de Alfonso X el Sabio en la obra de don Juan Manuel. El recurso literario del fraticida bíblico no sólo era un instrumento explicativo, sino que además experimentó expansiones literarias interesantes, en la línea ya iniciada por las obras parabíblicas de la Antigüedad. La traición del cronista López de Ayala a Pedro I, llamado el Justiciero por sus partidarios (burgueses, judíos y musulmanes) y el Cruel por sus detractores (nobleza y clero), que le otorga el papel de Caín a pesar de su asesinato en pleno duelo con el bastardo fundador de la dinastía Trastámara, hace las delicias del lector sevillano, pero quizás sea demasiado lejana en el tiempo para otros lectores, especialmente los historiadores de la Antigüedad, que hubieran apreciado más la obra si hubiera finalizado en época de san Isidoro.

En cualquier caso, la obra de Francisco Peña no es sólo una magnífica incursión en el análisis de los textos bíblicos y parabíblicos en clave teopoética, sino también una interesante reflexión sobre el cainismo, un comportamiento que, como el mismo autor comenta, refleja “la predisposición dual y gregaria de la sociedad española” (p. 156). Algo que, en estos tiempos de extremismos viscerales, deberíamos tener siempre presente para no caer en los mismos errores que nuestros ancestros.